

ñoia se baten con encarnizado ardor. El cortijo de Rubiales arde por sus cuatro costados y las llamas alumbran al viejo labrador, que cava una fosa para su hija.

Cumplido este piadoso deber, salta sobre un caballo y, con una garrocha de picar toros, corre, deseoso de abandonar aquel sitio, teatro de sus pasadas alegrías, y únese á la famosa caballería del invicto Castaños. Allí, su terrible arma se enrojece de sangre invasora, y cae al fin acribillado de heridas, á tiempo aún de oír los gritos de triunfo de los españoles, que humillaban y vencían las águilas imperiales del audaz Napoleón Bonaparte, y hacían capitular y quedar prisionera de guerra toda la división francesa.

MIGUEL ALDERETE GONZÁLEZ

¡PERRA!

¿Cómo? ¿que si la quise mucho?... ¡Ya lo creo! á todo querer del alma... Era una niña, alegre, sensual, casi peligrosa... Se había muerto su madre, y tenía novios... dos novios... tres... ¡qué sé yo!... La vi al borde de un precipicio... Era una lástima... aquella figurita iba á caer muy hondo á poco que cualquiera mano villana la precipitase... La voluptuosidad, apuntando en sus gruesos labios, fulgurando en sus negros ojos, escapándose de todo su cuerpo, era un incentivo para el cazador astuto... Luego, su poco seso, su desequilibrio mental... ¿Loco yo? ¡Bah!... ella sí, ella sí, toda su vida, desde la niñez; cuanto más iba, más... ¡Eal yo era libre... lo que se dice enamorarme, no me enamoré... fué un sentimiento extraño... medio compasión, medio carifío... una parte de vanidad y otra de orgullo... ¡Ja, ja!... la veía yo en la estrechez, á punto de resbalar, firme... ¿Los resbalones pasados?... niñerías, al fin, más que delitos... Y la abrí mis brazos... nó á ella sola, á todos los suyos... La poseí como en una inmersión de algo piadoso en algo humano, como anticipando egoístamente una fatalidad... como recogiendo una flor cerca del cieno para conservarla en lo posible...

¡Mia!... Palabra—poema... un encanto ó una atrocidad, un oasis ó un desierto, un verjel ó un zarzal... ¡Ja, ja!... ¡Mia! Yo lo repetí veinte veces con esa lengua incorpórea é invisible que tienen los sesos... Porque los sesos hablan... ¡ya lo creo que hablan!... un lenguaje mudo, el más elocuente... Me creía un héroe... haber alcanzado una victoria, un gran triunfo... ¡Ahí es nada, arrancar del lodazal algo que puede ser cultivado y enaltecido... Bueno, ¿qué?... Un año, otro, otro, otro... ¿cuántos? Catorce ó quince... ¿Sacrificios? Todos los que pude hacer... ¡Como que llegué una vez á sacrificar mi dignidad, no ya mi bienestar!... ¿Os parece poco?... La vi ingrata, que pagaba con la traición mi buen deseo... ¡y la perdoné no obstante!... ¿Loco? ¡Ya lo creo que sí!... Todos me decían que la loca era ella... ¡Mentían! Era yo, yo, yo cien veces. ¿Perdonar, constanding el delito? ¿quién lo hace, sino un loco?... ¡Eal tuvieron razón para recluirme... ¡Ja, ja!... Pero yo no alcanzaba nada de lo que es traición, hasta no verla enteramente... Confieso mi ignorancia... ¿Entrever la falsedad? ¡Ya lo creo! millones de veces... Revoloteaba iunto á mí como un bicharraco inmundó. No era desconocimiento, nó; era instintiva repugnancia á la ingratitud. ¿Ella engañarme?... Mis ojos, mi entendimiento, me decían con imperio: ¡¡Si, sí, sí!!... Mi alma, mi conciencia, mi corazón, replicaban rebelándose con nobleza: ¡¡No, no, no!! La verdad real era aquélla, la verdad sagrada para mí era lo otro... Y yo... pues yo creía lo otro; esto es, lo otro, lo que me nutría para desollar-me luego...

Ved la figura de mi existencia entonces: un plano inclinado; en el vértice yo, sosteniendo algo á punto de rodar por la pendiente... Gasto de energía, empeño tenaz, imposibilidad matemática. ¿Eh? Ya lo creo, las cosas caen del lado donde se inclinan...

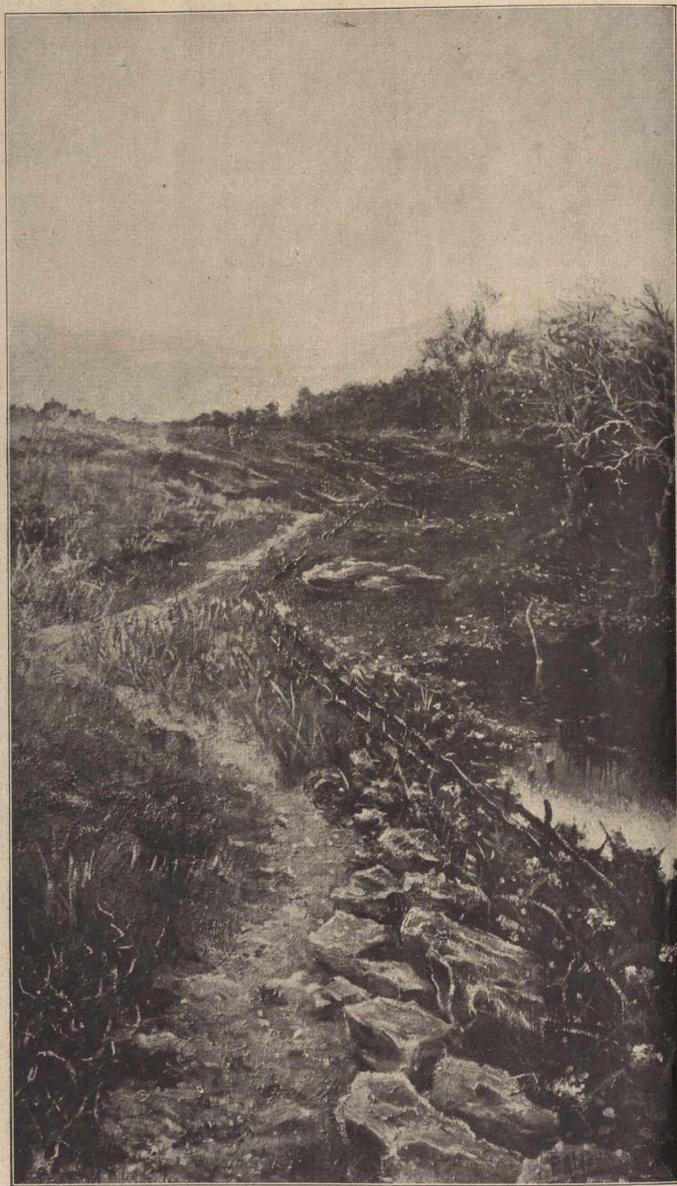
Por no pensar en esto, por no tener esto presente, no dejé caer antes lo que había de arrastrarme luego... Carifío, estimación, aprecio... hasta amor hubo al cabo... ¿Qué? ¿os reís? Ponéos en contacto con la simpatía, tratad á una infeliz años y años... y podréis responderme.

¡Bah! Catorce años, ¿eh? Ya es fecha. ¿Choques? Veinte mil. Unas veces por repulsión, otras por todo lo contrario. Chocar para fundirse, es entrar en la gloria. Las mismas bajezas son grandes cuando son movi-

das por la pasión... ¿Malas las pasiones, los arrebatos?... Bueno, convertid la humanidad en un compuesto de bloques, y entonces veremos el resultado. Preferid el desenfreno á la ley estática. El equilibrio de los sólidos es una puerilidad; es un hecho, nó una cosa aceptable. El sátiro es preferible al eunuco.

¡Qué de arrebatos!... ¡Ja, ja!... Catorce años... ¿Os parece poco tiempo para llegar á querer á lo indigno? Juntad dos adversarios en un lecho á la fuerza, y estudiad su animosidad al cabo de unos meses... ¡Cuánto más si los sexos son distintos!...

Un día... era un día, fué un momento, un instante parecido á veinte centurias... Un aleteo fúnebre me sacó de un sueño venturoso. ¡Todo lo malo tiene un poder inmenso!... Si os despierta la dicha, lo hace despa-



PAISAJE — Cuadro de FRANCISCO ALDANA.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

cito, casi os importuna, y no lo agradecéis. En cambio, la infelicidad, ¡qué recios golpes! ¡con qué brusquedad os dice: «¡Perezoso! levanta, que ya está aquí el dolor... ¡Mira!» ¡y os muestra unas realidades tan aplastantes! No intentéis la lucha, sometéos; saldréis perdiendo, de lo contrario.

La realidad fué, sí; un monstruo que disfruta del poder de lo incontravertible... Aquella criatura, ¿eh? aquello que yo había mimado, enaltecido, honrado, arrancado del cieno, un año, otro, y otro... me engañaba, fingía, se amparaba de una sonrisa falaz para encubrir una infamia soez... Ya tenéis á mis nervios en tensión, mi cuerpo todo en sa-



FLORES MURCIANAS; por PEDRO SÁNCHEZ PICAZO.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

culadas violentas, mi espíritu agobiado, mi alma... ¡Oh! los que sepáis lo que es un alma apuñalada sin cordura, un corazón traspasado sin miramiento, unos sesos que bullen al calor de la desesperación, echad la primera piedra...

Bien, sí... unas palabras de acero, un gesto despiadado, una continen-cia semejante al idiotismo... Todo lo que se puede esperar de un individuo á quien el martillazo de la ingratitud da recio, con toda la tanda de reflexiones amargas y sensaciones terribles... ¡La eché! ¡se fué!... ¿Creeréis que se fué?... Si me dice: «¡Perdóname!» otra vez la perdono. No hubiera sido mi honor, mi decoro, nada: hubieran sido... catorce años de vida íntima, todas las sinsustancias del carifío, como ejército invasor logrando la conquista... No quiso el perdón, quiso... una cosa sin nombre... ó con un nombre que es un asombro. Alguien lo llama escán-dalo... ¿Eh?

La vi, la vi pasear eso, el escándalo, una vez y otra, y otra... Cien voces, mil, un ruido ensordecedor en mis oídos, diciéndome una palabra misma: «¡Mátala!» Yo comprendía que sí, que esas voces, esa multitud invisible estaba en lo cierto... Aquello era inicuo, vil, torpe y canallesco á la vez... ¡ni siquiera el falso pudor del fingimiento... nada! Tenían razón: ¡Mátala!, como un campanillazo enorme que removía mis sesos... No, no sería eso un castigo... no sería una vindicación... hay otra arma que hierde doble: el desprecio... ¿Sabéis? La llamé ¡perra! desde lo hondo del alma... Y me eché á reír... y río aún... y reiré siempre, siempre... ¡Ja, ja, ja!... ¿Para la ingratitud? esto, la risa, la carcajada eterna... ¡Ja, ja, ja!...

Y el pobre orate se alejó de nosotros, como huyendo, y resonó en el aire la risa histérica, sonora, impetuosa á más no poder, entremezclada con repetidas voces de: ¡perra! ¡perra!...

SEBASTIÁN GOMILA

SABIDURÍA ÁRABE

(FACETA)

EN vano habían procurado sus padres advertirle los peligros y riesgos que correría, andando el tiempo, á causa de su portentosa desidia. Ahmed era incorregible; pero tan franco, tan amable, tan bueno, que su perezosa y su descuido, antes que defectos, parecían cualidades de valía. Tenía aguda la inteligencia, fuerte el brazo, noble el corazón y esforzado el ánimo.

No hay que extrañar, pues, que fuera uno de los guerreros más valerosos, ni que se casara con Miriam, la perla del Hedjaz, ni que su cimitarra fuera un prodigio salido de los mejores talleres de Damasco.

Vivía feliz y envidiado sin ser envidioso. Un mozo de su tribu andaba enamorado de Miriam, pero ésta no daba oídos á su pasión.

Cuantas tentativas hizo Mehedí se estrellaron contra la fría indiferencia de la moza.

Pero Mehedí conocía muy bien á Ahmed y decidió arrebatarle lo que más quería.

Entró una tarde en la tienda de Ahmed y encontró á éste fumando una pipa, ocupado en contemplar la bóveda inmensa.

—¿Dónde está tu caballo, Ahmed?

—Paciendo.

—¿Y tu mujer?

—Donde le place.

—¿Y tu alfanje?

—Junto á la puerta.

Ahmed, que nada extrañaba, no extrañó tales preguntas; pero al cabo de pocos momentos de haber contestado á Mehedí oyó un alarido desgarrador.

Era Miriam que gritaba aterrorizada.

Se levantó de un salto y vió que Mehedí, montado en su caballo, ceñida al costado su cimitarra damasquina, llevaba en brazos á Miriam, que pugnaba por desprenderse de ellos.

Mehedí escapó al galope y gritó mientras se alejaba:

—¿Quién tiene mujer bonita, buen caballo y buen alfanje, ha de vigilarlos de continuo.

Ahmed lanzó un suspiro.

—Allah es grande, — dijo. — Lo que ha sucedido estaba escrito.

Se metió en la tienda, acabó la pipa y continuó mirando la inmensa bóveda.

Y en el Hedjaz se venera su memoria como la de un sabio.



BLUETS; por PEPITA TEXIDOR.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

LUIS LUNA



UNA ESTRELLA... ERRANTE



Cuadro de Luis Graner.